EL MEDICO A PALOS.

COMEDIA

EN TRES ACTOS, EN PROSA,

IMITADA POR

I. C.

DE LA QUE ESCRIBIÓ EN FRANCÉS CON EL TÍTULO DE

EL MÉDICO POR FUERZA

J. B. MOLIERE.

PERSONAS.

D. Gerónimo, hacendado rico.	***	*Bartolo*, leñador.
Doña Paula, su hija.	***	*Martina*, su muger.
Leandro, amante de Doña Paula.	***	*Ginés*. } criados de D. Gerónimo.
Juliana, criada de D. Gerónimo.	***	*Lucas*. } criados de D. Gerónimo.

La escena representa, en el primer acto, un bosque, y en los dos siguientes, una sala de casa particular.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Bartolo, despues Martina.

Bart. ¡Válgate Dios, qué duro está este tronco! El hacha se mella toda, y él no se (1) parte.... ¡mucho trabajo es este!... Y como hoy aprieta el calor, me fatigo y me rindo, y no puedo

(1) Corta leña de un árbol inmediato al foro: deja despues el hacha arrimada al tronco, se adelanta hácia el proscenio, siéntase en un peñasco, saca piedra y eslabon, enciende un cigarro y se pone á fumar.

mas... Dejémoslo, y será lo mejor: que ahí se quedará para cuando vuelva. Ahora vendrá bien un rato de descanso y un cigarrillo; que esta triste vida, otro la ha de heredar... Allí viene mi muger. ¿Qué traerá de bueno?

Mart. Holgazan (1) ¿qué haces ahí sentado, fumando, sin trabajar? ¿Sabes que tienes que acabar de partir esa leña y llevarla al lugar, y ya es cerca de medio dia?

Bart. Anda, que si no es hoy, será mañana.

Mart. Mira qué respuesta!

Bart. Perdóname, muger. Estoy cansado, y me senté un rato á fumar un cigarro.

Mart. ¡Y que yo aguante á un marido tan poltron y desidioso! Levántate y trabaja.

Bart. Poco á poco, muger; si acabo de sentarme.

Mart. Levántate.

Bart. Ahora no quiero, dulce esposa.

Mart. Hombre sin vergüenza, sin atender á sus obligaciones. ¡Desdichada de mí!

Bart. Ay! qué trabajo es tener muger! Bien dice Séneca, que la mejor es peor que un demonio.

Mart. Miren qué hombre tan hábil, para traer autoridades de Séneca.

Bart. ¿Si soy hábil? A ver! búscame un leñador que sepa lo que yo, ni que haya servido seis años á un médico latino, ni que sepa de memoria el calendario.

Mart. Malhaya la hora en que me casé contigo.

Bart. Y maldito sea el pícaro escribano que anduvo en ello.

Mart. Haragan, borracho.

Bart. Esposa, vamos poco á poco.

Mart. Yo te haré cumplir con tu obligacion.

Bart. Mira, muger, que me vas (2) enfadando.

Mart. ¿Y qué cuidado se me da á mí, insolente?

Bart. Mira que te he de cascar, Martina.

Mart. Cuba de vino.

Bart. Mira que te he de solfear las espaldas.

Mart. Infame.

Bart. Mira que te he de romper la cabeza.

Mart. A mí? bribon, tunante, canalla, á mí?

Bart. Sí? Pues (3) toma.

Mart. Ay! ay! ay! ay!

Bart. Este es el único medio de que calles... Vaya: hagamos la paz. Dame esa mano.

Mart. ¿Despues de haberme puesto así?

Bart. No quieres? Si eso no ha sido nada! Vamos.

Mart. No quiero.

Bart. Vamos, hijita.

(1) Sale por el lado derecho del teatro.

(2) Se levanta desperezándose: se encamina hácia el foro, coge un palo del suelo, y vuelve.

(3) Da de palos á Martina.

Mart. No quiero, no.

Bart. Mal hayan mis manos (1) que han sido causa de enfadar á mi esposa... Vaya, ven: dame un abrazo.

Mart. ¡Si rebentáras!

Bart. Vaya, si se muere por mí la pobrecita... Perdóname, hija mia. Entre dos que se quieren, diez ó doce garrotazos mas ó menos, no valen nada... Voy hácia el barranquitero, que ya tengo allí una porcion de raices; haré una carguilla, y mañana con la burra la llevaremos á Miraflores (2). Oyes, y dentro de poco hay feria en Buytrago: si voy allá, y tengo dinero, y me acuerdo, y me quieres mucho, te he de comprar una peyneta de concha con sus piedras azules (3).

Mart. Anda, que tú me la pagarás. Verdad es que una muger siempre tiene en su mano el modo de vengarse de su marido; pero es un castigo muy delicado para este bribon, y yo quisiera otro, otro que él sintiera mas, aunque á mí no me agradase tanto.

ESCENA II.

Martina, Ginés, (4) Lucas.

Luc. Vaya, que los dos hemos tomado una buena comision... Y no sé yo todavía qué regalo tendremos por este trabajo.

Gin. ¿Qué quieres, amigo Lucas? es fuerza obedecer á nuestro amo; además que la salud de su hija á todos nos interesa. Es una señorita tan afable, tan alegre, tan guapa... Vaya, todo se lo merece.

Luc. Pero, hombre, fuerte cosa es que los médicos que han ido á visitarla no hayan descubierto su enfermedad.

Gin. Su enfermedad bien á la vista está; el remedio es lo que necesitamos.

Mart. ¡Que no (5) pueda yo imaginar alguna invencion para vengarme!

Luc. Veremos si este Médico de Miraflores acierta con ello... Como no hayamos equivocado la senda...

Mart. Pues ello (6) es preciso, que los golpes que me ha dado los tengo en el corazon. No puedo olvidarlos... Pero, señores, perdonen ustedes que no los habia visto, porque estaba distraida.

Luc. ¿Vamos bien por aquí á Miraflores?

Mart. Sí señor. ¿Ve usted (7) aquellas tapias caidas junto á aquel nogueron? Pues todo derecho.

(1) Tira el palo á un lado, y la abraza.
(2) Hace que se va, y vuelve.
(3) Toma el hacha y unas alforjas, y se va por el monte adelante. Martina se queda retirada á un lado, hablando entre sí.
(4) Salen por la izquierda.
(5) Aparte.
(6) Aparte, hasta que repara en los dos, y les hace cortesía.
(7) Señalando adentro, por el lado derecho.

Gin. ¿No hay allí un famoso médico que ha sido médico de una vizcondesita, y catedrático, y exáminador, y es académico, y todas las enfermedades las cura en griego?

Mart. Ay! sí señor. Curaba en griego; pero hace dos dias que se ha muerto en español, y ya está el pobrecito debajo de tierra.

Gin. ¿Qué dice usted?

Mart. Lo que usted oye. Y para quién le iban ustedes á buscar?

Luc. Para una señorita que vive ahí cerca, en esa casa de campo junto al rio.

Mart. Ah! sí. La hija de D. Gerónimo. ¡Válgate Dios! ¿Pues qué tiene?

Luc. Qué se yo? Un mal que nadie lo entiende, del cual ha venido á perder el habla.

Mart. ¡Qué lástima! Pues...! Ay, qué (1) idea me ocurre! Pues mire usted, aquí tenemos al hombre mas sabio del mundo, que hace prodigios en esos males desesperados.

Gin. De veras?

Mart. Sí señor.

Luc. ¿Y en dónde le podemos encontrar?

Mart. Cortando leña en ese monte.

Gin. Estará entreteniéndose en buscar algunas yerbas salutíferas.

Mart. No señor. Es un hombre extravagante y lunático: va vestido como un pobre patan: hace empeño en parecer ignorante y rústico, y no quiere manifestar el talento maravilloso que Dios le dió.

Gin. Ciertó que es cosa admirable, que todos los grandes hombres hayan de tener siempre algun ramo de locura, mezclada con su ciencia.

Mart. La manía de este hombre es la mas particular que se ha visto. No confesará su capacidad, á menos que no le muelan el cuerpo á palos: y así les aviso á ustedes, que si no lo hacen, no conseguirán su intento. Si le ven que está obstinado en negar, tome cada uno un buen garrote, y zurra, que él confesará. Nosotros cuando le necesitamos nos valemos de esta industria, y siempre nos ha salido bien.

Gin. ¡Qué extraña locura!

Luc. ¿Habráse visto hombre mas original?

Gin. Y cómo se llama?

Mart. Don Bartolo. Fácilmente le conocerán ustedes. El es un hombre de corta estatura, de mediana edad, ojos azules, nariz larga, vestido de paño burdo, con un sombrerillo redondo.

Luc. No se me despintará, no.

Gin. ¿Y ese hombre hace unas curas tan difíciles

Mart. Curas dice usted? Milagros se pueden llamar. Habrá dos meses que murió en Lozoya una pobre muger: ya iban á enterrarla, y quiso Dios que este hombre estuviese por casualidad en una calle, por donde pasaba el

(1) Aparte con expresion de complacencia.

entierro. Se acercó, examinó á la difunta, sacó una redomita del bolsillo, la echó en la boca una gota de, yo no sé qué, y la muerta se levantó tan alegre, cantando el frondoso.

Gin. Es posible?

Mart. Como que yo lo vi. Mire usted, aun no hace tres semanas que un chico de unos doce años se cayó de la torre de Miraflores, se le troncharon las piernas, y la cabeza se le quedó hecha una plasta. Pues señor, llamaron á Don Bartolo: él no queria ir allá; pero mediante una buena paliza, lograron que fuese. Sacó un cierto ungüento que llevaba en un pucherete, y con una pluma le fue untando, untando, al pobre muchacho, hasta que al cabo de un rato se puso en pie, y se fue corriendo á jugar á la rayuela con los otros chicos.

Luc. Pues ese hombre es el que necesitamos nosotros. Vamos á buscarle.

Mart. Pero, sobre todo, acuérdense ustedes de la advertencia de los garrotazos.

Gin. Ya, ya estamos en eso.

Mart. Allí debajo de aquel árbol hallarán ustedes cuantas estacas necesiten.

Luc. Sí? Voy por un par de ellas (1).

Gin. Fuerte cosa es, que haya de ser preciso valerse de este medio.

Mart. Y sino todo será inútil (2). Ah! otra cosa. Cuiden ustedes de que no se les escape, porque corre como un gamo, y si les coge á ustedes la delantera, no le vuelven á ver en su vida. Pero, me parece que viene (3). Sí, aquel es. Yo me voy: hablenle ustedes, y si no quiere hacer bondad, menudito en él. A Dios señores.

ESCENA III.

Ginés, Lucas.

Luc. Fortuna ha sido haber hallado á esta muger. Pero, ¿no ves (4) qué traza de médico aquella?

Gin. Ya lo veo... Mira, retirémonos uno á un lado y otro á otro, para que no se nos pueda escapar. Hemos de tratarle con la mayor cortesía del mundo. ¿Lo entiendes?

Luc. Sí.

Gin. Y solo en el caso de que absolutamente sea preciso...

Luc. Bien... entónces me haces una seña, y le ponemos como nuevo.

Gin. Pues apartémonos, que va llega (5).

(1) Coge el palo que dejó en el suelo Bartolo, va hácia el foro y coge otro, vuelve, y se le da á Ginés.
(2) Hace que se va, y vuelve.
(3) Mirando hácia dentro á la parte del foro.
(4) Los dos mirando hácia el foro.
(5) Ocúltanse á los dos lados del teatro.

ESCENA IV.

Ginés, Lucas, Bartolo (1).

Bart. En el alcázar de Venus,
junto al Dios de los planetas,
en la gran Constantinopla,
allá en la casa de Meca,
donde el gran Sultan Bajá,
imperio de tantas fuerzas,
aquel Alcorán que todos
le pagan tributo en perlas,
Rey de setenta y tres Reyes.
de siete imperios... (2)
De siete imperios cabeza;
este tal tiene una hija
que es del imperio heredera (3).

Arre allá, diablo. ¿Qué buscará este animal? Lo primero esconderé la bota... Calle! Otro zángano. Qué demonios es esto? en todo caso la guardaremos y la arroparemos, porque no tienen cara de hacer cosa buena.

Gin. ¿Es usted un caballero que se llama el señor Don Bartolo?

Bart. Y qué?

Gin. ¿Que si se llama usted Don Bartolo?

Bart. No, y sí: conforme lo que ustedes quieran.

Gin. Queremos hacerle á usted cuantos obsequios sean posibles.

Bart. Si así es, yo me llamo (4) D. Bartolo.

Luc. Pues con toda cortesía...

Gin. Y con la mayor reverencia...

Luc. Con todo cariño, suavidad y dulzura...

Gin. Y con todo respeto, y con la veneracion mas humilde...

Bart. Parecen (5) arlequines, que todo se les vuelve cortesías y movimientos.

Gin. Pues señor, venimos á implorar su auxilio de usted, para una cosa muy importante.

Bart. ¿Y qué pretenden ustedes? Vamos, que si es cosa que dependa de mí, haré lo que pueda.

Gin. Favor que usted nos hace... Pero, cúbrase usted, que el sol le incomodará.

Luc. Vaya, señor, cúbrase usted.

Bart. Vaya, señores, ya estoy cubierto... (6) ¿Y ahora?

Gin. No extrañe usted que vengamos en su busca. Los hombres eminentes siempre son buscados y solicitados; y como nosotros nos hallamos noticiosos del sobresaliente talento de usted, y de su...

Bart. Es verdad: como que soy el

(1) Sale del monte, con el hacha y las alforjas al hombro, cantando estos versos; siéntase en el suelo en medio del teatro, y saca de las alforjas una bota.

(2) Bebe.

(3) Vuelve á beber; va á poner la bota al lado por donde sale Lucas, el cual le hace con el sombrero en la mano una cortesía. Bartolo, sospechando que es para quitarle la bota, va á ponerla al otro lado á tiempo que sale Ginés haciendo lo mismo que Lucas. Bartolo pone la bota entre las piernas, y la tapa con las alforjas.

(4) Quítase el sombrero y le deja á un lado.

(5) Aparte.

(6) Pónese el sombrero, y los otros tambien.

hombre que se conoce para cortar leña.

Luc. Señor...

Bart. Si ha de ser de encina, no la daré menos de á dos reales la carga.

Gin. Ahora no tratamos de eso.

Bart. La de pino la daré mas barata. La de raices, mire usted...

Gin. Oh! Señor, eso es burlarse.

Luc. Suplico á usted hable de otro modo.

Bart. Hombre, yo no sé otra manera de hablar. Pues me parece que bien claro me explico.

Gin. ¡Un sugeto como usted ha de ocuparse en egercicios tan groseros! ¡Un hombre tan sabio! ¡tan insigne médico! ¿no ha de comunicar al mundo los talentos de que le ha dotado la naturaleza?

Bart. Quién, yo?

Gin. Usted, no hay que negarlo.

Bart. Vaya, que esta gente viene (1) borracha.

Luc. Para qué es escusarse? Nosotros lo sabemos, y se acabó.

Bart. ¿Pero, en suma, quién soy yo?

Gin. Quién? Un gran médico.

Bart. ¡Qué disparate! ¿No digo que (2) están bebidos?

Gin. Conque, vamos, no hay que negarlo, que no venimos de chanza.

Bart. Vengan ustedes como vengan, yo no soy médico, ni lo he pensado jamás.

Luc. Al cabo me (3) parece que será necesario... Eh?

Gin. Yo creo que sí.

Luc. En fin, amigo D. Bartolo, no es ya tiempo de disimular.

Gin. Mire usted que se lo decimos por su bien.

Luc. Confiese usted, con mil demonios, que es médico, y acabemos.

Bart. Yo rabio! (4)

Gin. Para qué es fingir, si todo el mundo lo sabe?

Bart. Pues digo á ustedes (5) que no soy médico.

Gin. No?

Bart. No señor.

Luc. Conque no?

Bart. El diablo me lleve si entiendo palabra de medicina.

Gin. Pues amigo: con su buena licencia de usted, tendremos que valernos del remedio consabido... Lúcas.

Luc. Ya, ya.

Bart. Y qué remedio dice usted?

Luc. Este. (6)

Bart. Ay! ay! ay!.. Basta, que (7) yo soy médico, y todo lo que ustedes quieran.

Luc. Pues bien, ¿para qué nos obli-

(1) Aparte.
(2) Aparte.
(3) Mirando á Gines.
(4) Impaciente.
(5) Se levanta, quiere irse, ellos lo estorban y se le acercan, disponiéndose para apalearle.
(6) Danle de palos; cogiéndole siempre las vueltas, para que no se escape.
(7) Quitándose el sombrero.

ga usted á esta violencia?

Gin. ¿Para qué es darnos el trabajo de derrengarle á garrotazos?

Bart. El trabajo es para mí que los llevo... Pero, señores, vamos claros. Qué es esto? ¿Es una humorada, ó están ustedes locos?

Luc. ¿Aun no confiesa usted que es doctor en medicina?

Bart. No señor, no lo soy. Ya está dicho.

Gin. Conque no es usted mèdico?.. Lucas...

Luc. Conque (1) no? Eh?

Bart. Ay! ay! Pobre de mí! Si que (2) soy médico. Sí señor.

Luc. De veras?

Bart. Sí señor, y cirujano de estuche, y saludador, y albeytar, y sepulturero, y todo cuanto hay que ser.

Gin. Me alegro (3) de verle á usted tan razonable.

Luc. Ahora sí que parece usted hombre de juicio.

Bart. ¡Maldita sea vuestra alma! (4) ¿Si seré yo médico, y no habré reparado en ello?

Gin. No hay que arrepentirse. A usted se le pagará muy bien su asistencia, y quedará contento.

Bart. Pero, hablando ahora en paz: Es cierto que soy médico?

Gin. Certísimo.

Bart. Seguro?

Gin. Sin duda ninguna.

Bart. Pues, lléveme el diablo, si yo sabia tal cosa.

Gin. Pues cómo? siendo el profesor mas sobresaliente que se conoce.

Bart. Ah! ah! ah! (5).

Gin. Un médico que ha curado no sé cuantas enfermedades mortales.

Bart. ¡Válgame Dios! (6)

Luc. Una muger que estaba ya enterrada...

Gin. Un muchacho que cayó de una torre y se hizo la cabeza una tortilla...

Bart. Tambien le curé?

Luc. Tambien.

Gin. Conque, buen ánimo, señor Doctor; se trata de asistir á una señorita muy rica, que vive en esa quinta cerca del molino. Usted estará allí, comido y bebido, y regalado como cuerpo de Rey, y le traerán en palmitas.

Bart. Me traerán en palmitas?

Luc. Sí señor, y acabada la curacion le darán á usted qué sé yo cuánto dinero.

Bart. Pues señor, vamos allá. ¿En palmitas, y qué sé yo cuánto dinero?.. Vamos allá.

Gin. Recógele todos esos muebles, y vamos.

Bart. No: poco (7) á poco. La

(1) Vuelven á darle de palos.
(2) Pónese de rodillas, juntando las manos, en ademan de súplica.
(3) Levántanle cariñosamente entre los dos.
(4) Aparte.
(5) Riyéndose.
(6) Con ironía.
(7) Lucas recoge las alforjas y el hacha. Bartolo le quita la bota y se la guarda debajo del brazo.

bota conmigo.

Gin. Pero, señor, ¡un Doctor en medicina con bota!

Bart. No importa, venga... Me darán (1) bien de comer y de beber... La pulsaré, la recetaré algo... La mato seguramente... Si no quiero ser médico me volverán á sacudir el bulto; y si lo soy, me lo sacudirán tambien... Pero, díganme ustedes. ¿Les parece que este trage rústico será propio de un hombre tan sapientísimo como yo?

Gin. No hay que afligirse. Antes de presentarle á usted, le vestirémos con mucha decencia.

Bart. Si á lo menos (2) pudiese acordarme de aquellos textos, de aquellas palabrotas que les decia mi amo á los enfermos... Saldria del apuro.

Gin. Mira que se quiere escapar.

Luc. Señor D. Bartolo, qué hacemos?

Bart. Aquel (3) libro de *sermo sermonis*, que llevaba el chico á el aula. ¡Aquel sí que era bueno!

Gin. Vaya, basta de meditacion.

Luc. ¿Será cosa (4) de que otra vez?...

Bart. Qué! no señor. Sino que estaba pensando en el plan curativo... ¡Pobrecito Bartolo! Vamos. (5)

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

D. Gerónimo, Lucas, Ginés, Juliana.

D. Ger. ¿Conque decís que es tan hábil?

Luc. Cuantos hemos visto hasta ahora no sirven para descalzarle.

Gin. Hace curaciones maravillosas.

Luc. Resucita muertos.

Gin. Solo que es algo estrambótico y lunático, y amigo de burlarse de todo el mundo.

D. Ger. Me dejais aturdido con esa relacion. Ya tengo impaciencia de verle. Ve por él, Ginés.

Luc Vistiéndose quedaba. Toma la llave (6) y no te apartes de él.

D. Ger. Que venga, que venga presto.

ESCENA II.

D. Gerónimo, Juliana, y Lucas.

Jul. Ay! señor amo! que aunque el médico sea un pozo de ciencia, me parece á mí que no haremos nada.

D. Ger. Por qué?

Jul. Porque Doña Paulica na ha menester médicos, sino marido, marido, eso la conviene; lo demás es andarse por las ramas. ¿Le parece á usted que ha de curarse con ruibarbo y jalapa, y tinturas y cocimientos, y potingues y porquerías, que no sé cómo no ha perdido ya el estómago?

(1) Apartándose á un lado, medita y habla entre sí. Despues con ellos.
(2) Aparte.
(3) Aparte.
(4) En ademan de volverle á dar.
(5) Los dos le cogen en medio y se van con él por la izquierda del teatro.
(6) Le da una llave á Ginés, el cual se va por la puerta del lado derecho.

No señor, con un buen marido sanará perfectamente.

Luc. Vamos, calla, no hables tonterías.

D. Ger. La chica no piensa en eso. Es todavía muy niña.

Jul. Niña! sí, cásela usted y verá si es niña.

D. Ger. Mas adelante no digo que...

Jul. Boda, boda, y aflojar el dote, y...

D. Ger. ¿Quieres callar habladora?

Jul. Allí le (1) duele.. Y despedir médicos y boticarios, y tirar todas esas pócimas y brevages por la ventana, y llamar al novio, que ese la pondrá buena.

D. Ger. ¿A qué novio, bachillera, impertinente? ¿En donde está ese novio?

Jul. ¡Qué presto se le olvidan á usted las cosas! Pues que no sabe usted que Leandro la quiere, que la adora, y ella le corresponde? No lo sabe usted?

D. Ger. La fortuna del tal Leandro está en que no le conozco, porque desde que tenia ocho ó diez años no lo he vuelto á ver... Y ya sé que anda por aquí acechando y rondándome la casa; pero como yo lo llegue á pillar... Bien que lo mejor será escribir á su tio para que lo recoja, y se le lleve á Buytrago, allí se le tenga. Leandro! ¡Buen matrimonio por cierto! con un mancebito que acaba de salir de la universidad: muy atestada de vinos la cabeza, y sin un cuarto en el bolsillo.

Jul. Su tio, que es muy rico, que es muy amigo de usted, que quiere mucho á su sobrino, y que no tiene otro heredero, suplirá esa falta. Con el dote que usted dará á su hija, y con lo que...

D. Ger. Vete al instante de aquí, lengua de demonio.

Jul. Allí le (2) duele.

D. Ger. Vete.

Jul. Ya me iré, señor.

D. Ger. Vete, que no te puedo sufrir.

Luc. ¡Que siempre has de dar en eso, Juliana! Calla y no desazones al amo; muger, calla, que el amo no necesita de tus consejos para hacer lo que quiera. No te metas nunca en cuidados agenos: que al fin y al cabo, el señor es padre de su hija, y su hija es hija, y su padre es el señor, no tiene remedio.

D. Ger. Dice bien tu marido, que eres muy entremetida.

Luc. El Médico viene.

ESCENA III.

Bartolo, Ginés y dichos.

Gin. Aquí (3) tiene usted, señor D. Gerónimo, al estupendo Médico, á el Doctor infalible, á el pasmo del mundo.

D. Ger. Me alegro (4) mucho de

(1) Aparte.
(2) Aparte.
(3) Salen por la derecha Ginés y Bartolo, éste vestido con casaca antigua, sombrero de tres picos, y baston.
(4) Se hacen cortesías uno á otro, con el sombrero en la mano.

ver á usted y de conocerle, señor Doctor.

Bart. Hipócrates dice que los dos nos cubramos.

D. Ger. Hipócrates lo dice?

Bart. Sí señor.

D. Ger. Y en qué capítulo?

Bart. En el capítulo de los sombreros.

D. Ger. Pues si lo dice (1) Hipócrates, será preciso obedecer.

Bart. Pues como digo, señor méco, habiendo sabido...

D. Ger. Con quién habla usted?

Bart. Con usted.

D. Ger. Conmigo? Yo no soy médico.

Bart. No?

D. Ger. No señor.

Bart. No? Pues ahora (2) verás lo que te pasa.

D. Ger. Qué hace usted, hombre?

Bart. Yo te haré que seas médico á palos, que así se gradúan en esta tierra.

D. Ger. Detenedle vosotros... Qué loco me habeis traido aquí?

Gin. No le dije á usted que era muy chancero?

D. Ger. Sí, pero que vaya á los infiernos con esas chanzas.

Luc. No le dé á usted cuidado. Si lo hace por reir.

Gin. Mire usted, señor facultativo, este caballero que está presente es nuestro amo, y padre de la señorita que ha de curar.

Bart. El señor es su padre? Oh! perdone usted, señor padre, esta libertad que...

D. Ger. Soy de usted.

Bart. Yo siento...

D. Ger. No, no ha sido nada... Maldita (3) sea tu casta!... Pues, señor, vamos (4) al asunto. Yo tengo una hija muy mala...

Bart. Muchos padres se quejan de lo mismo.

D. Ger. Quiero decir, que está enferma.

Bart Ya, enferma.

D. Ger. Sí señor.

Bart. Me alegro mucho.

D. Ger. Cómo?

Bart. Digo que me alegro de que su hija de usted necesite de mi ciencia, y ójala que usted, y toda su familia estuviesen á las puertas de la muerte, para emplearme en su asistencia y su alivio.

D. Ger. Viva usted mil años, que yo le estimo su buen deseo.

Bart. Hablo ingenuamente.

D. Ger. Ya lo conozco.

Bart. Y cómo se llama su niña de usted?

D. Ger. Paulita.

Bart. Paulita! ¡Lindo nombre pa-

(1) Los dos se ponen el sombrero.

(2) Arremete hácia él con el baston levantado, en ademan de darle de palos. Huye D. Gerónimo: los criados se ponen de por medio, y detienen á Bartolo.

(3) Aparte.

(4) Saca la caja, se la presenta á Bartolo, y él toma un polvo con afectada gravedad.

ra curarse!... Y esta doncella, quién es.

D.Ger. Esta doncella es (1) muger de aquel.

Bart. Oyga!

D. Ger. Sí, señor... Voy á hacer que salga aquí la chica qara que usted la vea.

Jul. Durmiendo quedaba.

D. Ger. No importa, la despertaremos. Ven Ginés.

Gin. Allá voy (2).

ESCENA IV.

Bartolo, Juliana, Lucas.

Bar. Conque usted es muger (3) de ese mocito?

Jul. Para servir á usted.

Bart. Y qué frescota es! Y qué... Regocijo da el verla... ¡Hermosa boca tiene!... Ay! qué dientes tan blancos, tan igualitos, y qué risa tan graciosa!... ¡Pues los ojos! En mi vida he visto un par de ojos mas habladores, ni mas traviesos.

Luc. ¡Habrá demonio (4) de hombre! ¡Pues no la está requebrandoel maldito!... Vaya, señor Doctor, mude usted de conversacion, porque no me gustan esas flores. ¿Delante de mí se pone usted á decir arrumacos á mi muger? Yo no sé como (5) no cojo un garrote, y le...

Bart. Hombre, por Dios, ten caridad. ¿Cuántas veces me han de examinar de médico?

Luc. Pues cuenta con ella.

Jul. Yo rebiento (6) de risa.

ESCENA V.

Don Gerónimo, Doña Paula, Ginés y dichos.

D. Ger. Anímate, hija mia, que yo confio en la sabiduría portentosa de este señor, que brevemente recobrarás tu salud. Esta es la niña, señor Doctor. Ola, arrimar (7) sillas.

Bart. Conque esta es su hija de usted?

D. Ger. No tengo otra, y si se me llegara á morir, me volvería loco.

Bart. Ya se guardará muy bien. Pues que, ¿no hay mas que morirse sin licencia del médico? No señor, no se morirá... Vean ustedes aquí una enferma que tiene un semblante, capaz de hacer perder la chaveta al hombre mas tétrico del mundo. Yo, con todos mis aforismos, le aseguro á usted... Bonita cara tiene!

Doña Paul. Ah! ah! ah!

(1) Señalando á Lucas.
(2) Vanse los dos por la izquierda.
(3) Se acerca á Juliana, con ademanes y gestos expresivos.
(4) Aparte.
(5) Mirando por el teatro si hay algun palo. Bartolo lo detiene.
(6) Encaminándose á recibir á Doña Paula, que sale por la puerta de la izquierda con D. Gerónimo y Ginés.
(7) Traen sillas los criados. Doña Paula se sienta en una poltrona, entre Bartolo y su padre. Los criados detrás, en pie.

D. Ger. Vaya, gracias á Dios que se rie la pobrecita.

Bart. Bueno! Gran señal! Cuando el médico hace reir á las enfermas, es linda cosa.. Y bien, qué la duele á usted?

Doña Paul. Bá! bá! bá! bá!

Bart. Eh? qué dice usted?

Doña Paul. Bá, bá, bá.

Bart. Bá, bá, bá, bá. Qué diantre de lengua es esa? Yo no entiendo palabra.

D. Ger. Pues ese es el mal. Ha venido á quedarse muda, sin que se pueda saber la causa. Vea usted que desconsuelo para mí.

Bart. Que bobería! Al contrario, una muger que no habla es un tesoro. La mia no padece esta enfermedad, y si la tuviese, yo me guardaría muy bien de curarla.

D. Ger. A pesar de eso, yo le suplico á usted que aplique todo su esmero á fin de aliviarla y quitarla ese impedimento.

Bart. Se la aliviará, se la quitará: pierda usted cuidado. Pero es curacion que no se hace así como quiera. Come bien?

D. Ger. Sí señor, con bastante apetito.

Bart. Malo!... Duerme?

Jul. Sí señor, unas ocho ó nueve horas suele dormir regularmente.

Bart. Malo!... Y la cabeza la duele?

D. Ger. Ya se lo hemos preguntado varias veces: dice que no.

Bart. No? Malo!... Venga el pulso... Pues, amigo, este pulso indica... Claro! está claro.

D. Ger. Qué indica?

Bart. Que su hija de usted tiene secuestrada la facultad de hablar.

D. Ger. Secuestrada?

Bart. Sí por cierto; pero buen ánimo, ya lo he dicho, curará.

D. Ger. Pero de qué ha podido proceder este accidente?

Bart. Este accidente ha podido proceder, y procede (segun la mas recibida opinion de los autores) de habérsela interrumpido á mi señora Doña Paulita el uso expedito de la lengua.

D. Ger. ¡Este hombre es un prodigio!

Luc. No se lo dijimos á usted?

Jul. Pues á mí me parece un macho.

Luc. Calla.

D. Ger. Y en fin, ¿qué piensa usted que se puede hacar?

Bart. Se puede y se debe hacer... El pulso... (1) Aristóteles, en sus protocolos, habló de este caso con mucho acierto.

D. Ger. Y qué dijo?

Bart. Cosas divinas... La otra... (2) A ver la lengüecita... Ay! qué monería! Dijo... ¿Entiende usted el latin?

D. Ger. No señor, ni un palabra.

Bart. No importa. Dijo: *Donus bona benum, uncias duas, mascula sunt maribus, honora medicum, acinax acinacis, nemine parco, Amarylida sylvas.* Que quiere decir que está falta de coagu-

(1) Tomando el pulso á Doña Paula.
(2) La toma el pulso en la otra mano, y la observa la lengua.

lacion en la lengua la causan ciertos humores que nosotros llamamos humores acres, proclives, espontáneos, y corrumpentes. Porque, como los vapores que se elevan de la region... Están ustedes?

Jul. Sí señor, aquí estamos todos.

Bart. De la region lumbrar, pasando desde el lado izquierdo donde está el hígado, á el derecho en que está el corazon, ocupan todo el duodeno y parte del cráneo: de aquí es, segun la doctrina de Ausias March y de Calepino (aunque yo llevo la contraria) que la malignidad de dichos vapores. Me explico?

D. Ger. Sí señor, perfectamente.

Bart. Pues como digo: supeditando dichos vapores las carúnculas y el epidermis, necesariamente impiden que el tímpano comunique al metacarpo los sucos gástricos. *Doceo, doces, docere, docui, doctum. Papatus manus tulit Archidiaconus unus: ars longa vita brevis: templum, templi: augusta vindelicorum, et reliqua.*. Qué tal? He dicho algo?

D. Ger. Cuanto hay que decir.

Gin. Es mucho hombre este!

D. Ger. Solo he notado una equivocacion en lo que...

Bart. Equivocacion? No puede ser. Yo nunca me equivoco.

D. Ger. Creo que dijo usted que el corazon está al lado derecho y el hígado al izquierdo, y en verdad que es todo lo contrario.

Bart. ¡Hombre ignorantísimo, sobre toda la ignorancia de los ignorantes! ¿Ahora me sale usted con estas vejeces? Sí señor, antiguamente así sucedia; pero ya lo hemos arreglado de otra manera.

D. Ger. Perdone usted si en esto he podido ofenderle.

Bart. Ya está usted perdonado. Usted no sabe latin, y por consiguiente, está dispensado de tener sentido comun.

D. Ger. ¿Y qué le parece á usted que deberemos hacer con la enferma?

Bart. Primeramente harán ustedes que se acueste: luego se le darán unas buenas friegas... Bien que eso yo mismo lo haré... Y despues, tomará de media en media hora una gran sopa en vino.

Jul. Qué disparate!

D. Ger. ¿Y para qué es buena la sopa en vino?

Bart. Ay amigo, y qué falta le hace á usted un poco de ortografia! La sopa en vino es buena para hacerla hablar. Porque en el pan y en el vino, empapado el uno en el otro, hay una virtud simpática que simpatiza y absorve el tejido celular, y la pia mater, y hace hablar á los mudos.

D. Ger. Pues no lo sabia.

Bart. Si usted no sabe nada.

D. Ger. Es verdad que no he estudiado, ni...

Bart. ¿Pues no ha visto usted, pobre hombre, no ha visto usted como á los loros los atracan de pan mojado en vino?

D. Ger. Sí señor.

Bart. Y no hablan los loros? Pues

para que hablen se les da, y para que hable se lo daremos tambien á Doña Paulita. y dentro de muy poco hablará mas que siete papagayos.

D. Ger. Algun ángel le ha traido á usted á mi casa, señor Doctor. Vamos, hijita, que ya querrás descansar... Al instante vuelvo, señor Don... Cómo es su gracia de usted?

Bart. Don Bartolo.

D. Ger. Pues así que la deje acostada (1) seré con usted, señor D. Bartolo... Ayuda aquí, Juliana... Despacito.

Bart. Taparla bien, no se resfrie. A Dios, señorita.

Doña Paula. Bá, bá, bá, bá.

D. Ger. Lucas, (2) ve al instante y adereza el cuarto del señor: bien limpio todo, una buena cama, la colcha verde, la jarra con agua, la aljofayna, la tohalla, en fin, que no falte cosa ninguna... Estas?

Luc. Sí señor (3).

D. Ger. Vamos, hija mia (4).

Bart. Yo sudo... En mi vida me he visto mas apurado...! Si es imposible que esto pare en bien, imposible!... Veré si ahora, que todos andan por allá adentro, puedo... Y si no, mal estamos... En las espaldas siento una desazon que no me deja... Y no es por los palos recibidos, sino por los que aun me falta que recibir (5).

ACTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

Bartolo, (6) y despues D. Gerónimo.

Bart. Pues señor, ya está visto. Esto de escabullirse, es negocio desesperado... ¡El maldito, con achaque de la compostura del cuarto, no se mueve de allí. Ay! (7) pobre Bartolo... Vamos, pecho al agua, y suceda lo que Dios quiera.

D. Ger. No (8) ha habido forma de poderla reducir á que se acueste. Ya la están preparando la sopa en vino que usted mandó. Veremos lo que resulta.

Bart. No hay que dudar: el resultado será felicísimo.

D. Ger. Usted, amigo D. Bartolo, estará en mi casa obsequiado y servido como un príncipe; y entretanto, quiero que tenga us-

(1) Se levantan los tres.

(2) Hace que se va acompañando á Doña Paula, vuelve á hablar aparte con Lucas.

(3) Vase por la puerta de la derecha.

(4) Vanse D. Gerónimo, Doña Paula, Juliana y Ginés, por la puerta de la izquierda.

(5) Vase por la parte del lado derecho.

(6) Sale sin sombrero ni baston, por la derecha.

(7) Paseándose inquieto por el teatro.

(8) Sale por la izquierda.

ted (1) la bondad de recibir estos escuditos.

Bart. No se hable de eso.

D. Ger. Hágame usted ese favor.

Bart. No hay que tratar de esta materia.

D. Ger. Vamos, que es preciso.

Bart. Yo no lo hagò por el dinero.

D. Ger. Lo creo muy bien; pero, sin embargo...

Bart. Y son de los nuevos?

D. Ger. Sí señor.

Bart. Vaya, una (2) vez que son de los nuevos, los tomaré.

D. Ger. Ahora bien: quede usted con Dios, que voy á ver si hay novedad, y volveré.. Me tiene con tal inquietud esta chica, que no sé parar en ninguna parte.

ESCENA II.

Leandro, (3) *Bartolo.*

Leand. Señor Doctor, yo vengo á implorar su auxilio de usted y espero que...

Bart. Veamos el pulso.. Pues (4) no me gusta nada... Y qué siente usted?

Leand. Pero si yo no vengo á que usted me cure: si yo no padezco ningun achaque.

Bart. ¿Pues á que diablos (5) viene usted?

Leand. A decirle à usted en dos palabras, que yo soy Leandro.

Bart. Y qué se me (6) da á mi de que usted se llame Leandro, ó Juan de las viñas?

Leand. Diré á usted. Yo soy enamorado de Doña Paulita: ella me quiere; pero su padre no me permite que la vea... Estoy desesperado, y vengo á suplicarle á usted, que me proporcione una ocasion, un pretexto para hablarla y...

Bart. Que es decir en castellano: que yo haga de alcahnete. ¡Un (7) médico! Un hombre como yo!... Quítese usted de ahí.

Leand. Señor...

Bart. ¡Es mucha insolencia, caballerito!

Leand. Calle usted, señor, no grite usted.

Bart. Quiero gritar... ¡Es usted un temerario!

Leand. Por Dios, señor Doctor.

Bart. Yo alcahuete? Agradezca (8) usted que...

Leand. ¡Válgame Dios, qué hombre!... Probemos (9) á ver si...

(1) Saca la bolsa y toma de ella algunos escuditos.
(2) Los toma y se los guarda.
(3) Sale por la puerta de la derecha, recatándose.
(4) Tomándole el pulso, con gestos de displicencia.
(5) Con despego.
(6) Alzando la voz. Leandro le habla en tono bajo y misterioso.
(7) Irritado, y alzando mas la voz.
(8) Se pasea inquieto.
(9) Saca un bolsillo, y al volverse Bartolo, se le pone en la mano: él le toma, le guarda, y bajando la voz, habla confidencialmente con Leandro.

Bart. ¡ Desvergüenza como ella !

Leand. Tome usted... Y le pido perdon de mi atrevimiento.

Bart. Vamos que no ha sido nada.

Leand. Confieso que erré, y que anduve un poco...

Bart. Qué errar? ¡Un sugeto como usted! Qué disparate! Vaya, conque...

Leand. Pues señor, esa niña vive infeliz. Su padre no quiere casarla por no soltar el dote. Se ha fingido enferma: han venido varios médicos á visitarla, la han recetado cuantas pócimas hay en la botica; ella no toma ninguna, como es fácil de presumir, y por último obstinada de sus visitas, de sus consultas y de sus preguntas impertinentes, se ha hecho la muda, pero no lo está.

Bart. ¿ Conque todo ello es una farándula ?

Leand. Sí señor.

Bart. ¿ El padre le conoce á usted ?

Leand. No señor, personalmente no me conoce.

Bart. ¿ Y ella le quiere á usted? Es cosa segura?

Leand. Oh! De eso estoy muy persuadido.

Bart. Y los criados?

Leand. Ginés no me conoce, porque hace muy poco tiempo que entró en la casa. Juliana está en el secreto: su marido, si no lo sabe, á lo menos lo sospecha y calla: y puedo contar con uno y con otro.

Bart. Pues bien, yo haré que hoy mismo quede usted casado con Doña Paulita.

Leand. De veras?

Bart. Cuando yo lo digo.

Leand. Sería posible?

Bart. ¿No le he dicho á usted que sí? Le casaré á usted con ella, con su padre, y con toda su parentela... Yo diré que es usted... boticario.

Leand. Pero si yo no entiendo palabra de esa facultad.

Bart. No le dé á usted cuidado, que lo mismo me sucede á mi. Tanta medicina sé yo como un perro de aguas.

Leand. ¿Conque no es usted médico?

Bart. No por cierto. Ellos me han examinado de un modo particular; pero, con exámen y todo, la verdad es que no soy lo que dicen. Ahora lo que importa es, que usted esté por ahí inmediato, que yo le llamaré á su tiempo.

Leand. Bien está, y espero que usted.. (1)

Bart. Vaya usted con Dios.

ESCENA III.

Juliana (2) *Bartolo, y despues Lucas.*

Jul. Señor médico: me parece que la enferma le quiere dejar á usted desayrado, porque...

Bart. Como no me desayres tú, niña de mis ojos, lo demas im-

(1) Vase por la puerta de la derecha.
(2) Sale por la izquierda.

porta seis maravedís; y como yo te cure á tí, mas que se muera (1) todo el género humano.

Jul. Yo no tengo nada que curar.

Bart. Pues mira, lo mejor será curar á tu marido... ¡ Qué bruto es, y qué zeloso tan impertinente!

Jul. Qué quiere usted? cada uno cuida de su hacienda.

Bart. ¿Y por qué ha de ser hacienda de aquel guznápiro este cuerpecito (2) gracioso?

Luc. ¿ No le he dicho á usted, señor Doctor, que no quiero esas chanzas?... ¿No se lo he dicho á usted?

Bart. Pero, hombre, si aqui no no hay malicia ni...

Luc. Vete tu de ahí... Con malicia ó sin ella, le he de abrir á usted la cabeza de un trancazo, si vuelve á alzar los ojos para mirarla. Lo entiende usted?

Bart. Pues ya se ve que lo entiendo.

Luc. Cuidado (3) conmigo.... ¡ Se habrá visto mico mas enredador!

ESCENA IV.

D. Geronimo (4) *Bartolo, Lucas, y despues Leandro.*

D. Ger. Ay amigo D. Bartolo! que aquella pobre muchacha no se alivia. Desde que ha tomado la sopa en vino está mucho peor.

Bart. Bueno! eso es bueno! Señal de que el remedio va obrando. No hay que afligirse; aunque la vea usted agonizando, no hay que afligirse; que aquí estoy yo... Digo (5) D. Casimiro, D. Casimiro.

Leand. Señor (6).

Bart. D. Casimiro.

Leand. Qué manda (7) usted?

D. Ger. Y quién es ese hombre?

Bart. Un excelente didascálico.... Boticario que llaman ustedes.... Eminente profesor.... Le he mandado venir para que disponga una cataplasma de todas flores, emolientes, abstringentes, dialécticas, pirotécnicas y narcóticas; que será necesario aplicar á la enferma.

D. Ger. Mire usted qué decaida está.

Bart. No importa, va á sanar muy pronto.

ESCENA V.

Doña Paula (8) *Juliana, Ginés y dichos.*

Bart. D. Casimiro, púlsela usted,

(1) Sale por la derecha Lucas: va acercándose detras de Bartolo y escucha.

(2) Se encamina á ella con los brazos abiertos, con ademan de abrazarla. Juliana se va retirando: Lucas agachándose, pasa por debajo del brazo derecho de Bartolo, vuélvese de cara hácia él, y quedan abrazados los dos. Juliana se va riendo por la puerta del lado izquierdo.

(3) Le da un embion al tiempo de desasirse de él.

(4) Sale por la izquierda.

(5) Llama, encarándose á la puerta del lado derecho.

(6) Desde adentro.

(7) Sale.

(8) Salen por la puerta de la izquierda.

obsérvela bien, y luego hablaremos.

D. Ger. ¿Conque en efecto (1) es mozo de habilidad? Eh?

Bart. No se ha conocido otro igual para emplastros, ungüentos, rosolis de perfecto amor, ceratos y julepes. ¿Por qué le parece á usted que le hecho venir?

D. Ger. Ya lo supongo. Cuando usted se vale de él, no, no será rana.

Bart. Qué ha de ser rana! No señor. Si es un hombre que se pierde de vista.

Doña Paula. Siempre, siempre seré tuya, Leandro.

D. Ger. Qué? Si (2) será ilusion mia... Ha hablado, Juliana?

Jul. Sí señor, tres ó cuatro palabras ha dicho.

D. Ger. ¡Bendito sea Dios! Hija (3) mia! Médico admirable!

Bart. ¡Y qué trabajo me ha costado curar la dichosa enfermedad! Aquí hubiera querido yo ver á toda la veterinaria, junta y entera, á ver qué hacia.

D. Ger. ¿Conque, Paulita, hija, ya (4) puedes hablar, es verdad? vaya, dí alguna cosa.

Gin. Aquí (5) me parece que hay gato encerrado... Eh?

Luc. Tú calla, y dejalo estar.

Doña Paula. Sí, padre mio; he recobrado el habla para decirle á usted que amo á Lerndro, y que quiero casarme con él.

D. Ger. Pero, si...

Doña Paula. Nada puede cambiar mi resolucion.

D. Ger. Es que...

Doña Paul. De nada servirá cuanto usted me diga. Yo quiero casarme con un hombre que me idolatra. Si usted me quiere bien, concédame su permiso, sin escusas ni dilaciones.

D. Ger. Pero, hija mia, el tal Leandro es un pobreton...

Doña Paula. Dentro de poco será muy rico. Bien lo sabe usted. Y sobre todo, sarna con gusto no pica.

D. Ger. ¡Pero qué borboton de palabras la ha venido de repente á la boca!... Pues, hija mia, no hay que cansarse. No será.

Doña Paula. Pues cuente usted con que ya no tiene hija, porque me moriré de la desesperacion.

D. Ger. ¡Qué es lo que (6) me pasa! Señor Doctor, hágame usted el gusto de volvérmela á po-

(1) Va Leandro, y habla en secreto con Doña Paula, haciendo que la pulsa. Juliana tercia la conversacion. Quedan distantes á un lado Bartolo y D. Gerónimo, y al otro Ginés y Lucas.

(2) Volviéndose hácia donde está su hija.

(3) Abraza á Doña Paula, y vuelve lleno de alegría hácia Bartolo, el cual se pasea lleno de satisfaccion.

(4) Vuelve á hablar con su hija, y la trae de la mano.

(5) Aparte á Lucas.

(6) Moviéndose de un lado á otro, con agitaciones y cólera. Doña Paula se retira hácia el foro, y habla con Leandro y Juliana.

ner muda.

Bart. Eso no puede ser. Lo que yo haré solamente, por servirle á usted, será ponerle sordo para que no la oiga.

D. Ger. Lo estimo infinito.... Pero, piensas (1) tú, hija inobediente, que...

Bart. No hay que irritarse, que todo se echará á perder. Lo que importa es distraerla y divertirla. Déjela usted que vaya á coger un rato el ayre por el jardin, y verá usted como poco á poco se la olvida ese demonio de Leandro... Vaya usted á acompañarla, D. Casimiro, y cuide usted no pise alguna mala yerba.

Leand. Como usted mande, señor Doctor. Vamos, señorita.

Doña Paula. Vamos enhorabuena.

D. Ger. Id vosotros (2) tambien.

ESCENA VI.

D. Gerónimo, Bartolo.

D. Ger. ¡Vaya, vaya, que no he visto semejante insolencia!

Bart. Esa es resulta necesaria del mal que ha estado padeciendo hasta ahora. La última idea que ella tiene cuando enmudeció, fue sin duda la de su casamiento con ese tunante de Alejandro, ó Leandro, ó como se llama. Cogióla el accidente, quedáronse trasconeadas una gran porcion de palabras, y hasta que todas las vacíe, y se desahogue, no hay que esperar que se tranquilice, ni hable con juicio.

D. Ger. Qué dice usted? Pues me convence esa reflexion.

Bart. Oh! y si usted supiera un poco de numismática, lo enten-deria mucho mejor... Venga un polvo (3).

D. Ger. ¿Conque luego que haya desocupado?

Bart. No lo dude usted... Es una evacuacion, que nosotros llamamos, *trícolos tetrastrofos.*

ESCENA VII.

Lucas, Juliana, (4) Ginés y dichos.

Gin. Señor amo.

Luc. Señor Don Gerónimo... Ay qué desdicha!

Jul. Ay! ¡amo de mi alma, que se la llevan!

D. Ger. Pero qué se llevan?

Luc. El boticario, no es boticario.

Gin. Ni se llama D. Casimiro.

Jul. El boticario es Leandro, en propia persona, y se lleva robada á la señorita.

D. Ger. Qué dices? ¡Pobre de mí! ¿Y vosotros, brutos, habeis dejado que un hombre solo o

(1) Encaminándose hácia Doña Paula. Bartolo le contiene.

(2) A Lucas y Gines, los cuales, con Doña Paula, Leandro y Juliana, van por la puerta del foro.

(3) Saca la caja D. Gerónimo, y él y Bartolo toman tabaco.

(4) Van saliendo todos tres por la puerta del foro.

burle de esa manera?

Luc. No, no estaba solo, que estaba con una pistola. El demonio que se acercase.

D. Ger. Y este pícaro de Médico...

Bart. Me parece que ya no puede tardar la tercera paliza (1).

D. Ger. Este bribon, que ha sido su alcahuete... Al instante buscadme una cuerda.

Jul. Ahí habia una larga de tender la ropa.

Luc. Sí, sí, ya sé dónde está. Voy por ella (2).

D. Ger. Me la has de pagar... Pero hácia dónde se fueron? ¡Válgame Dios!

Jul. Yo creo que se habrán ido por la puerta del jardin que sale al campo.

Luc. Aquí está la soga.

D. Ger Pues inmediatamente atadme bien de pies y manos al Doctor, aquí en esta silla... Pero me le habeis de ensogar bien fuerte (3).

Gin. Pierda usted cuidado. Vamos, señor D. Bartolo (4).

D. Ger. Voy á buscar aquella bribona... Voy á hacer que avisen á la justicia, y mañana sin falta ninguna, este pícaro Médico ha de morir ahorcado... Juliana, anda, hija, asómate á la ventana del comedor, y mira si los descubres por el campo. Yo veré si los del molino me dan alguna razon. Y vosotros, no perdais de vista á ese perro (5).

ESCENA VIII.

Bartolo, Lucas, Ginés, y despues Martina.

Gin. Echa otra vuelta por aquí.

Luc. ¿Y no sabeis que el amigüito este habia dado en la gracia de decir chicoleos á mi muger?

Gin. Anda, que ya las vas á pagar todas juntas.

Bart. Estoy ya bien así?

Gin. Perfectamente.

Mart. Dios guarde á ustedes, señores (6).

Luc. ¡Calle, que está usted por acá! ¿Pues qué buen ayre la trae á usted á esta casa?

Mart. El deseo de saber de mi pobre marido. ¿Qué han hecho ustedes de él?

Bart. Aquí está tu marido, Martina: mírale, aquí le tienes.

Mart. Ay! hijo de mi alma! (7)

(1) Aparte lleno de miedo.
(2) Vase por la izquierda, y vuelve al instante con una soga muy larga.
(3) Bartolo quiere huir, y Lucas y Ginés le detienen.
(4) Le hacen sentar en una silla poltrona, y le atan á ella, dando muchas vueltas á la soga.
(5) Se va D. Gerónimo por la derecha y Juliana por la izquierda; Lucas y Ginés siguen atando á Bartolo.
(6) Sale por la puerta de la derecha.
(7) Abrazándose con Bartolo.

Luc. Oyga! ¿conque esta es la médica?

Gin. Aun por eso nos ponderaba tanto las habilidades del Doctor.

Luc. Pues por muchas que tenga, no escapará de la horca.

Mart. Qué está usted ahí diciendo?

Bar. Sí, hija mia, mañana me ahorcan sin remedio.

Mart. Y no te ha de dar vergüenza de morir delante de tanta gente?

Bart. ¿Y qué se ha de hacer, paloma? Yo bien lo quisiera escusar, pero se han empeñado en ello.

Mart. Pero por qué te ahorcan, pobrecito, por qué?

Bart. Ese es cuento largo. Porque acabo de hacer una curacion asombrosa, y en vez de hacerme Protomédico, han resuelto colgarme.

ESCENA IX.

D. Gerónimo, (1) *despues Juliana y dichos.*

D. Ger. Vamos, chicos, buen ánimo. Ya he enviado un propio á Miraflores; esta noche sin falta vendrá la justicia, y cargará con este bribon... ¿Y tú qué has hecho, los has visto?

Jul. No señor, no los he descubierto por ninguna parte.

D. Ger. Ni yo tampoco.... He preguntado, y nadie me sabe dar razon... Yo he de volverme (2) loco... ¿Adónde se habrán ido?... Qué estarán haciendo?

ESCENA ÚLTIMA.

Doña Paula, (3) *Leandro y dichos.*

Leand. Señor D. Gerónimo.

Doña Paula. Querido padre.

D. Ger. ¡Qué es esto, picarones, infames!

Leand. Esto es enmendar un desacierto (4) Habíamos pensado irnos á Buytrago y desposarnos allí, con la seguridad que tengo de que mi tio no desaprueba este matrimonio; pero lo hemos reflexionado mejor. No quiero que se diga, que yo me he llevado robada á su hija de usted: que esto no sería decoroso, ni á su honor, ni al mio; quiero que usted me la conceda con libre voluntad, quiero recibirla de su mano. Aquí la tiene usted, dispuesta á hacer lo que usted le mande; pero le advierto, que si no la casa conmigo, su sentimiento será bastante á quitarle la vida; y si usted nos otorga la merced que ambos le pedimos, no hay

(1) Sale por la puerta de la derecha, y Juliana por la izquierda.
(2) Dando vueltas por el teatro, lleno de inquietud.
(3) Salen los dos por la puerta del lado derecho.
(4) Se arrodilla á los pies de D. Gerónimo.

que hablar de dote.

D. Ger. Amigo, yo estoy muy atrasado, y no puedo...

Leand. Ya he dicho que no se trate de interes.

Doña Paula. Me quiere mucho Leandro para no pensar con la generosidad que debe. Su amor es á mí, no á su dinero de usted.

D. Ger. Su dinero (1) de usted, su dinero de usted. ¿Qué dinero tengo yo, parlera? ¿No he dicho ya que estoy muy atrasado? No puedo dar nada, no hay que cansarse.

Leand. Pero bien, señor, si por eso mismo se le dice á usted que no le pediremos nada.

D. Ger. Ni un maravedí.

Doña Paula. Ni medio.

D. Ger. Y bien, si digo que sí, ¿quién os ha de mantener, badulaques?

Leand. Mi tio. ¿Pues no ha oido usted que aprueba este casamiento? ¿qué mas he de decirle?

D. Ger. ¿Y se sabe si tiene hecha alguna disposicion?

Leand. Sí señor, yo soy su heredero.

D. Ger. Y qué tal, está fuertecillo?

Leand. Ay! no señor, muy achacoso. Aquel humor de las piernas le molesta mucho, y nos tememos que de un dia á otro...

D. Ger. Vaya, vamos. ¡Qué le hemos de hacer! Con qué... (2) Vaya, concedido, y venga un par de abrazos.

Leand. Siempre tendrá usted en mí un hijo obediente.

Doña Paula. Usted nos hace (3) completamente felices.

Bart. ¿Y á mí quién me hace feliz? ¿No hay un cristiano que me desate?

D. Ger. Soltadle.

Leand. ¿Pues quién le ha puesto á usted así, Médico insigne? (4)

Bart. Sus pecados de usted, que los mios no merecen tanto.

Doña Paula. Vamos, que todo se acabó, y nosotros sabremos agradecerle á usted el favor que nos ha hecho.

Mart. ¡Marido mio! (5) sea enhorabuena que ya no te ahorcan. Mira, trátame bien, que á mí me debes la borla de doctor que te dieron en el monte.

Bart. A tí? Pues me alegro de saberlo.

Mart. Sí por cierto. Yo dije que eras un prodigio en la medicina.

Gin. Y yo, porque ella lo dijo, lo creí.

Luc. Y yo lo creí, porque lo dijo ella.

D. Ger. Y yo, por que estos lo dijeron, lo creí tambien, y ad-

(1) Alterándose.
(2) Hace que se levanten, y los abraza. Uno y otro le besan la mano.
(3) Despues de besar la mano á D. Gerónimo, corre llena de alegría adonde esta Juliana, y se abrazan.
(4) Desatan los criados á Bartolo.
(5) Se abrazan Martina y Bartolo.

miraba cuanto decia como si fuese un oráculo.

Leand. Así va el mundo. Muchos adquieren opinion de doctor, no por lo que efectivamente saben, sino por el concepto que forma de ellos la ignorancia de los demas.

F I N.

CON LICENCIA:

VALENCIA: EN LA IMPRENTA DE ILDEFONSO MOMPIÉ.
Año 1815.

Se hallará en la librería de Miguel Domingo, calle de Caballeros número 48; y asimismo otras de diferentes títulos y un surtido de 186 Saynetes por mayor y á la menuda.